

confundidos à los mayores hombres de la iglesia y del estado, que ó la han profesado ò protegido con la vil tropa de unos espíritus irreligiosos, y nacidos para demostrar el esceso à que puede abandonar al hombre el cólmo del libertinaje y de la corrupcion, hubiese arrancado de los labios à D. José Velazquez algunas espresiones vehementes, y que habrán parecido duras à los que se mantienen preocupados à favor de la peripatética.

No obstante, si alguno juzgare que el epigrafe y la cuestion se deben mirar como efectos de la preocupacion en que viven los filósofos de la escuela, de que su filosofía es la mas conforme à la religion, los defectos de latinidad, como unos descuidos parecidos à los que dice Horacio, que *parum natura cavii*; y algunos de estos como erratas de imprenta, no dudaré asentir à ello, ni juzgo que D. José Velazquez no haga lo mismo. En la misma Gaceta se advirtió la facilidad con que se puede omitir una letra y aun un vocablo, y en los pasages copiados, por lo menos seria necesidad querer reprehender la omision de una letra, sino es à los que se precian de consultar à sugetos que jamás se duermen, ò por mejor decir, à espíritus superiores.

Por lo demás, ni el intento del Sr. Vice-Cotis ha sido injuriar al R. P. Fr. Antonio del Valie, ni yo hubiera publicado su papel en mi Gaceta, à sospechar que se habia formado maliciosamente. Ambos veneramos à dicho R. P. como uno de los miembros útiles de su religion; però esto no quita que esponamos libremente nuestro juicio sobre su filosofía, como el mismo R. P. lo hizo sobre la nuestra, y avisemos à los que juzgaren por útiles nuestros papeles los defectos que notamos. Si algun sugeto quisierè demostrarnos que hemos abrazado la sombra por la realidad, no dudaremos cantar la palinodia, y celebrar con los mayores elogios al vencedor, pues la verdad y la sólida instruccion de la juventud son los dos objetos à que aspiramos. (M. C.)

Respuesta de D. José Velazquez à la apologia de D. Bruno Francisco Larrañaga, sobre la Margileida y su prospecto.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: tenia dispuesto responder à la favorecida de V. con el mayor lacuismo, con-

fesándole que me daba ya por vencido con su erudita apologia, y solo me restaba suplicarle, que no me tuviese por tan loco, soberbio y presumido como dice que soy; pues si acaso una ò otra espresion de aquellas conque me estimulaba el Mantuano han parecido à V. llenas de amor propio, la ingenua confesion que hago de mi ignorancia lo obligaria à mudar enteramente de dictamen. Pero como los accidentes extraordinarios ni pueden prevenirse, ni estàn sujetos à nuestra deliberacion, por uno de los mas raros me vi de la noche à la mañana empeñado en hablar mas à la larga sobre una materia que creí poder concluir en pocas palabras. Permitame V. si no lo tiene à mal, que pueda referirle por menor la série de tan peregrina historia.

El dia 15 del pasado noviembre llegó à mis manos la docta apologia de la Margileida y su prospecto, porque la eficacia de cierto caballero lo proporcionó de modo que no bien habia salido de la prensa, cuando me habia ya obsequiado con ella. La lei inmediatamente con toda la atencion que pude, y conocí la mucha razon que V. tiene para vindicarse de los fútiles reparos que Virgilio y Aristarco me obligaron à publicar. Varios amigos que se hallaban presentes à la sazón hicieron diversas reflexas, de que podria tal vez aprovecharme para no quedar absolutamente sin decir algo; però la esquisita erudicion de la apologia de V. me tenia tan aturdido, que solo pensaba victorearlo por su triunfo, y aspirar à la única gloria que en tales circunstancias me quedaba, y era el haberme vencido un sugeto de tan rara habilidad.

...nec tam

Turpe fuit vinci, quam contendisse decorum est,

Magnaque dat nobis tantus solatia victor.

Viéndome pues tan sereno estos sugetos, determinaron que saliesemos todos al campo en aquella tarde, y juntos tuviesemos el honesto recreo que naturalmente causa un aire libre, una arboleda copada, y una abundancia de agua distribuida con el artificio que lo està la de los paseos públicos de esta corte. Salimos con efecto, y casi por dos horas continuas no dejamos de andar, por ser nuestro ánimo hacerlo asi, hasta fatigarnos un poco. La luz septentrional, ó aurora boreal, que se habia observado la noche antecedente, y lo inútiles que habian sido nuestras diligencias para refrenar aquel espantoso temor que habia sobrecogido à nuestros conciudadanos, fué por todo el camino el

asunto de nuestra conversacion. Nos regresamos al fin cada uno para nuestra casa, y yo llegué gustoso à la mia por tener el desahogo de ler nuevamente à mis solas todo el prospecto de la Margileida, toda mi carta à D. Ignacio Zárate, y toda la apologética que se ha servido V. dirigirme. No una, dos, y aun tres veces leí estos papeles, interin llegaba la hora de recogerme, que no tardó mucho en venir, pues el cansancio de la tarde me tenia en las mejores disposiciones para conciliar sin el menor trabajo el sueño mas agradable. Acogime por último à mi lecho; y aunque en el principio creí pasar la noche mas tranquila, me hubo de suceder todo lo contrario. La atencion que habia fijado poco antes mi pensamiento acaloró tanto mi fantasia, que se me representaron con tal viveza las ideas en el sueño, que creí que en realidad mantenía una conversacion de muchas horas, y que no era ilusion sino realidad haber visto al mismo Virgilio Maron, segun y como se me habia presentado en otra vez, y que podia decir

Nec sopor illud erat, sed coram agnoscere vultus.

Considere V. Sr. D. Bruno el espanto que esta vision me causaria, y el sobresalto con que esperaria la resulta de visita tan importuna. Por mas esfuerzos que hagamos, no es facil sin estremecerse muchísimo, hallarse un hombre en la presencia de un difunto que ha tantos años se hallaba sepultado en una de las fértiles campañas de Partenope. Querria huir, y me parecia que tenia un monte en cada planta, y que sobre todo mi cuerpo se habia echado el enorme peso de las mas altas montañas. Mi mismo miedo me sacó de la boca las primeras espresiones, con que significué à mi huesped (teniendo diversos sentimientos en el corazon) el gusto que me causaba su vista, y lo pronto que estaba para obsequiarle, sin embargo de los malos ratos que me habia ocasionado el haberle servido con tanta puntualidad en otra ocasion. Pues por haber publicado nuestra conversacion, le dije, se me nota de temerario y soberbio, y se asegura que he querido constituirme por maestro y desengañador del universo, que para mi nada valen *todos los preceptores de gramática del mundo, todos los comentadores tuyos, y todos tus traductores*, siendo así que cualquiera que lea mi carta, con tal que ignore los primeros elementos de la dialéctica, ó no esté preocupado por algun interés particular, conocerá

que tu me escortabas à desengañar al universo sobre un punto en que podia desengañarlo un mediano estudiante. Ni tu me juzgaste capaz, ni yo me he juzgado alguna vez de dar al mundo lecciones de poetica, y enseñarle las reglas del buen gusto. Mi comision se redujo puramente à hacerle ver que no admitimos los americanos con indiferencia cualquiera especie de escritos, por disparatados que estén, y que en Mégico no se puede dar el nombre de poema épico à una obra que no sea comparable con las dos de Homero, la tuya, la de Fenelon, Almeida y otras semejantes: hacerle ver que vivias muy lejos de agradecer al Sr. D. Bruno que descuartizase tu Eneida, Geórgicas y Bucólicas, para componer un farrago que te llenara de imponderable fastidio. Asi es, me contestó entonces Virgilio, y me valí de ti con preferencia à otros muchos para dar por tu medio nueva fuerza á mi razon.

Si te conoces à tí mismo, no te podrás ofender de que claramente te diga, que entre los muchos literatos de Nueva España ocupas uno de los últimos lugares; y que para el desempeño de mi comision un hombre como tú era el que habia menester; pues sin embargo de hacérseme una injuria atroz, profanando con los centones una obra en que ha estado vinculada mi inmortalidad, no era empresa tan árdua defenderme, que necesitara un hombre mas instruido. Mias son y no tuyas las espresiones que se tachan *contra los maestros de gramática y comentadores*; y aun de mí no deben tener estos queja, pues no ofende à todos indistintamente una proposicion indefinida en materia moral, en que todos los lógicos entienden que no hay universalidad absoluta. Escaligero, Servio, y otros à este modo son comentadores, que me tienen sumamente obligado con sus doctísimas ilustraciones. Algunos preceptores de gramática ha habido, y hay en el mundo, que han entendido mis obras. ¿Pero es esto lo comun? ¿Ignoras que los hombres verdaderamente doctos son raros, y casi infinito el número de los semi-sábios? Apenas tengo paciencia para sufrir que con un reparo de esta naturaleza pretenda el Sr. Larrañaga mover contra tí el odio público. Agitado yo con la pasion violenta, que era tan natural, viendo mi Eneida en manos de ese caballero, como el desdichado cuerpo de Anfriso en las de la sanguienta Medea, ¿no me habia de espresar con la vehemencia que aquellas circunstancias demandaban? Te vuelvo à repetir que me pesa mil veces no haber quemado mi Enei-

da; pues mas quisiéra carecer de la fama que ella me ha grangeado, que verla hecha trozos miserables, y convertida en ridiculo entremes. Pero dejando esto á un lado, quiero advertirte, que mi venida no ha sido con otro fin que con el de animarte á que no dejes mi causa de la mano, ahora principalmente, que la apologia del Sr. D. Bruno ha salido á luz pública, y creen muchos que con ella queda tu reputacion muy desairada en la república de las letras.

Quede en buena hora, dije yo; porque si solo mi opinion es la que te interesa, desde luego te declaro que me hallo por una parte incapaz de sostenerla, y por otra deseo de no meterme ya en criticas que hayan de turbar mi tranquilidad. El poder del Sr. D. Bruno es mucho, y su erudicion muy vasta, para que quiera yo meterme con este sugeto en pendencias literarias. ¿Qué hará conmigo este Sr., que se halla con amplias facultades de transformar los idiomas, y representarnos en un momento la confusa escena de Babel? *Conventus* no significa ya la concurrencia, ó congregacion de muchos individuos; por órden del Sr. D. Bruno es sinónimo de *coenobium*, que quiere decir casa en que viven los religiosos. Estos ya se entienden en la palabra *corpora*. ¿Pero para qué he de multiplicar testimonios, cuando en todo el centon de su prospecto se advierten estas significaciones arbitrarias, con el general trastorno de la antigua sintaxis? La misma lengua castellana, lengua viva, para cuya mayor cultura se ha erigido en la corte de Madrid una academia, no está libre de sufrir golpes mortales que la saquen enteramente de sus quicios. Los vocablos de nuevo cuño, los peregrinos van á hacer en ella mas estrago que los agarenos en tiempo de D. Rodrigo y D. Pelayo: *Por-rigo, Incola, Vastitud, &c.* son nombres tan formidables para este idioma, como los de Tarif Abenzarca, Alcama, y Alahor para toda la nacion. ¿Ahora presumes que sea yo capaz de acopiar para decir una sola cosa tantos testos como el Sr. Larrañaga recoge á cada periodo? Dejemos eso, y vamos á la substancia, me respondió, lo que debes hacer es, prevenirle que me haga en adelante el honor de no llamarme centonista, ni centónica á mi Eneida, pues en esto se me hace el mayor agravio. ¿Cómo agravio, repliqué, no teniendo tu Eneida palabra que no haya sido dicha por otro, y estando llena de versos puramente copiados y traducidos de Homero, de Pacuvio, de Teocrito, Enio, Pindaro, Lucrecio,

y otros muchísimos de tus mayores? ¡Ola! me dijo entonces ¿y eso quiere decir centon? Si copiè muchas cosas de estos poetas, muy rara es la que pasó á mis obras al pie de la letra: todas adquirieron en mi mano nuevo lustre, á todas les di un aire nuevo, y sumamente gracioso. Pero aun cuando las hubiera pasado á mis obras ni mas ni menos como las habia hallado en sus autores, esto probaria que yo habia sido plagiario, y no centonista; cargo de que jamas he pensado defenderme, porque en verdad nada disminuye mi concepto. Los versos rústicos de Enio y de Pacuvio recibieron entre mis manos tal lima, que de agrestes y duros pasaron á ser urbanos y suavísimos. Homero me escedió en el ingenio, yo le escedí en el arte. Hubo quien creyera que mi Eneida era superior á su Iliada.

Nescio, quid majus nascitur Iliade.

Sea de eso lo que fuere (asi lo interrumpí yo) tu Eneida es centon; la santa Biblia es centon; cuanto se ha escrito y se ha de escribir es centon: la razón es muy clara, porque no hay voz, cláusula, ni periodo que no haya sido dicha ó escrita por otro: es evidente: Terencio lo dice: *Nullum est jam dictum, quod non dictum sit prius: y otro que merece mas fé que Terencio: Nil sub sole novum.* Hablas de burlas, hombre, me dijo entonces muy airado: ¿luego solo el primer hombre no merece el nombre de centonista? Esa consecuencia es falsa, le respondí, porque en virtud de los principios del Sr. Larrañaga deben quedar escludidos de este renombre los primeros, que en Babel hablaron los diversos idiomas, con que confundió Dios la loca temeridad de los mortales. De ahí para abajo todos somos centonistas. Luego si todo el linage humano, exclamó él, es centonista, ¿qué gracia, ni qué primor es la composicion de los centones? ¿Ignoras acaso que la poesia es el lenguaje de los dioses, por esceder con tanta ventaja y particularidad el modo comun de hablar, no solo en la representacion de las ideas, sino en la colocacion armoniosa de las palabras? Bien está, dije yo: cierto es que todos los hombres, por impetu general de la naturaleza, son centonistas; pero no por eso es menos indubitablé que la composicion de centones es una de las mas maravillosas y de mas relevante mérito, porque Sr. S. Gerónimo apreciaba leer, y celebraba los que leyó de Homero, y tuyos, y aun en la dignidad y gravedad de sus

asuntos ingeria tus versos, que es en algun modo autorizar el aprecio que merecen los centones (1).

Ahora como se componga ser el centon una composicion tan apreciable, sujeta à especiales y determinadas reglas, que con ingentísimo trabajo ha colectado el Sr. D. Bruno, y cuya publicacion tengo el dolor que se haya diferido; siendo imposible que alguno hable en todo el mundo cosa que no sea centónica es un misterio que excede infinitamente mi corta capacidad. Si me fuera licito aventurar una congetura dividiria la clase general de centonistas en dos órdenes, de los cuales el primero comprehenderia à los que son centonistas por naturaleza, y el segundo à los que lo son por el arte. En este último colocaria à los que segun la definicion de Ausonio, con versos de varios poetas, ó de uno solo han formado esos poemas milagrosos, que se han hecho acreedores al mayor aprecio en la república de las letras. Como el mismo Ausonio por su centon nupcial; *Capilupo por el dignísimo de ciento veinte y cuatro versos en honor de la santísima Virgen Maria; Eudosa emperatriz muger de Teodosio el joven, y Proba Valeria Falconia*, sin embargo de disputársele à la primera esta composicion y atribuirsele à Pelagio Patricio. ¿Y en donde colocaremos aquellos génius inmortales *Fr. José de S. Benito (alias el cantero) y al Dr. D. José Ramirez, escritor de la vida de S. Felipe Neri (via lactea por otro título) cuya dedicatoria admitió nuestro santísimo padre Inocencio XI?* [2] *Del santísimo libro de la Sagrada Escritura tuvo uno y otro habilidad para formar sus centones; y ambas obras fueron recibidas con aplauso y admiracion de los sábios, y de esto ninguno duda. Estos dos sacaron de los libros y cláusulas que son de fè, tratados que no son de fè, y à ninguno parece mal.*

Permítame, pues, ó compañero inseparable de Caliope, hacerte aquí la misma refleja que me hace en su apologia el Sr. D. Bruno. *Si el soberano libro infalible no se ofende, no se queja de descuartizado, de desmembrado y trastornado, siendo así que desmerece cuanto va de lo infinito à lo finito; ¿por qué te has de ofender que yo no me ofendo de sus centones? ¿Qué quejas ó qué delirios son los tuyos? Abu-*

(1) Lo que vá de letra cursiva es tomada al pie de la letra del prospecto de la apologia.

(2) Fleuri hist. Eccles. tom. 6, pág. 297.

sas ya mucho de mi paciencia, me dijo aquí, [esforzando espantosamente la voz] con unos discursos tan ajenos de un hombre sensato. La composicion de centones arguye siempre muy poco juicio en su autor, y no me has de dar un ejemplar de esas composiciones monstruosas en los buenos siglos de la poesia y elocuencia.

En la edad de cobre parecieron en el mundo las primeras, que solo pudieron arrebatat la atencion de unos hombres nada acostumbrados à las gracias finas y bellas delicadezas de los buenos poetas. Te repito de nuevo, y te repetiré mil veces las justas quejas de Ovidio por la atroz impostura de Giraldi, que sin testimonio de autores coetaneos (*de Nason*) le hace autor de una pieza tan irregular: pues aunque se dejó llevar mas de lo regular de la lozania de su ingenio, y se espuso por esta à que se le criticase en muchas partes de poco juicio, jamás cayó en la loca tentacion de formar centones de mis obras. *Pero Lilio Giraldi, le dije yo, por haber escrito la vida de Ovidio mas inmediato à sus dias (y las de otros), y el Sr. D. Bruno mas apoyado en la autoridad de Giraldi, merecen mas fè que tú, que habias muerto ya cuando escribió Ovidio su Medea. Tú, y cualquiera que haga semejante refleja, me respondió él, ignora del todo las verdaderas reglas de la crítica. El barquero Charonte, y los tres jueces infernales llevan con mucha individualidad la cuenta de cuantos pasan el lago averno, y apuntan con el mayor cuidado el dia y la hora en que entra cualquiera al obscuro reino de Pluton.*

Segun esta, consta que Ovidio pasó aquel reino el año 17 del primer siglo de la Era vulgar, y el viejo Giraldi murió de setenta y dos años en el de 1550, que es decir mas de quince siglos despues que habia dejado de cantar el Cisne del Ponto: ¿donde está pues, esa clamoreada intermediacion? Avisale al centonista que para la testificacion de un hecho de esta naturaleza, valen tanto quince como diez y ocho siglos. *Mas Giraldi, repliqué, y el Sr. D. Bruno están en posesion: à la parte superveniente toca probar esa negativa.* ¿De cuando acá, me dijo sonriéndose, te ha dado la mania de imitar el idioma de la prole [1] de Temis?

(1) Para que no estrañe el lector estos terminitos pulcros, sonoros y de última moda, debo prevenirle que me he surtido de ellos en el prospecto y apologia de D. Bruno Francisco Larrañaga, en donde verà con admiracion el feliz uso que este incola megiçano ha he-

Me tocara probarla cuando no me favoreciese la presuncion de la ley cuyas veces tiene en este género de asuntos la crítica. *Citame por lo menos, volví á replicarle, 3 ó 4 Coetaneos de Ovidio y aun con dos me conformaré que digan: Ovidio no hizo la Medea en centones de Virgilio. ¿Aun prosigues hablando despropósitos, me respondió? Habria autores que lo dijese, si en vida de Ovidio ó poco despues de su muerte hubiera habido alguno que le hubiese atribuido semejante composicion. Si tuvieras alguna instruccion en los primeros principios de las leyes, te diria, para contestarte en el mismo estilo de que poco antes habias usado, que hay un axioma en el derecho que asegura ser imposible probar directamente un hecho negativo. Que las circunstancias de que se halla revestido, y su enlace con otras proposiciones son las que demuestran su verdad ó falsedad. En el punto que tratamos, por ejemplo, basta saber que el único conducto, por donde se pudiera averiguar un hecho de esta clase es el testimonio de los historiadores coetaneos, ó poco posteriores á Ovidio, para inferir de su silencio que Giraldo ó procedió con mucha ligereza fiado en una tradicion meramente popular, y por consiguiente de ninguna fuerza; ó que cometió la impostura atroz de hacer centonista á este celebre desterrado. Y esta es una regla tan evidente y tan conforme á nuestra naturaleza, que sin advertirlo usamos de ella para juzgar de todos los hechos parecidos á este. Por esta regla sabe todo el mundo que Horacio no fue centonista; por esta conocerán tus nietos que no has descuartizado á ningun poeta para hacerle hablar divinidades; y por esta ultimamente conocerán los del Sr. D. Bruno que no dió á luz ninguna obra disparatada de *Nautica*, pues no ha escrito una sola palabra sobre esta facultad.*

Pero en fin, le dije entonces, *ya tu caíste en el pecado; ya hiciste centon de tus mismas obras, y en él pusiste versos enteros de la Eneida y de las eglogas; ya entremetiste voces y hemistichios que no hay en tus obras conocidas: ya te pareces á Ausonio. ¿Yo á Ausonio? dijo aqui muy enojado:*

cho de ellos en dos papeles inimitables, y que servirán de padron y monumento á su fama. *Scrúfica prole: propagándose su prole: no hartarse el alma á la primera vista: suavidad profusa &c. &c.* son expresiones que no entiendo, pero que me llenan de encanto y admiracion. Yo creia que la palabra prole significaba solamente el linage ó descendencia; que no hartarse era comer mucho, y metafóricamente fijar mucho la atencion en una cosa, ¡ó feliz desengaño!

Hunc ego me siquid componere curem

Non magis esse vellim quam pravo vivere naso &c.

Ya te he dicho que Ausonio jamás se colocó entre nosotros, ni tuvo asiento alguna vez en el parnaso. [1] Todas las musas lo miran con desden y jamás le han permitido gustar las suavísimas aguas de Hypocrene. Un siglo obscuro lo produjo: siglo que á no haber producido á Justino, Terenciano, Victor, Lactancio y Claudiano, se equivocaria ciertamente con la subsecuente edad de hierro. Vuelve pues á decir al Sr. Larrañaga, que para los poetas como Ausonio es el monte parnaso que se pone en la plazuela del volador cuando hay corridas de toros. Pero si me pregunta, le dije yo, *que adónde irán los que ni con Ausonio llegan á igualarse ¿que tengo de responderle? Si lo dice por tí, me respondió, puedes decirle que irás al redoble, ó adonde tu fortuna te ayudare á acompañar con tus carcajadas la risa pública, al ver la ignominia con que se precipita el autor del centon nupcial cuando aspira aun de fingido á trepar aquel monte inaccesible á todos los que no fueren montados en el pegaso.*

No quisiera que nos detuvieramos mas en este punto, le interrumpí yo; pero antes de que hablemos cosas de mas importancia, te suplico me digas: ¿porque pusiste *qui fulmine torquet?* en aquel centon de diez versos, que como dice Sr. D. Bruno no es otra cosa que *merae nugae?* Hay cosa mas facil que satisfacerlo, me respondió, diciendo solamente que porque se me antojó y que está tan bien dicho aqui: *qui fulmine torquet*, como en el libro cuarto de la Eneida *numine torquet?* Que ocurra al Diccionario de Facciolati, que es el mas correcto, y no á los que el Sr. Larrañaga cita, y verá cual es la legitima significacion y cual la traslaticia del verbo torqueo; porque los otros tie-

[1] Cuando se habla acerca de Ausonio con esta vehemencia, no se pretende aseguren, que cuanto compuso sea malo, pues no ignoran los inteligentes que tiene algunos epigramas muy buenos. La censura que hago de su centon nupcial no es originalmente mia: he leído en buenos escritores, y por todos ellos citaré unicamente á D. Juan de Iriarte, que en uno de sus epigramas (si mal no me acuerdo) dice:

De la paja de Ennio
oro Virgilio apura:
mas de Ausonio el torpe ingenio
del oro de este basura.